

1870-71

# DISCURSO

PRONUNCIADO

## EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE SEVILLA.

EN LA SOLEMNE APERTURA

### DEL CURSO ACADEMICO DE 1870 A 1871,

POR EL DOCTOR

### D. IMPERIAL IQUINO Y MENDOZA.

CABALLERO COMENDADOR

DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, DE LA REAL  
ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, Y CATEDRÁTICO  
POR OPOSICION DE MEDICINA LEGAL Y TOXICOLOGIA DE LA FACULTAD  
DE MEDICINA DE CÁDIZ, ETC.

---

CADIZ.

IMPRESA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

1870.



R. 21819

# DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1870 Á 1871.

POR EL DOCTOR

D. IMPERIAL IQUINO Y MENDOZA,

CABALLERO COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, Y CATEDRÁTICO POR OPOSICION DE MEDICINA LEGAL Y TOXICOLOGIA DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE CÁDIZ, ETC.



CADIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

1870.



Ilmo. Sr.

¿Hasta cuándo el amor de las cosas incomprensibles ha de arrastrar en pos de sí la credulidad de los hombres?

Hé aquí, Asamblea ilustre, jóvenes de la mayor esperanza, hé aquí la idea, que absorbe exclusivamente mi imaginacion, cuando recuerdo el gran número de palabras vacías de sentido, aunque de una consideracion aparente, que juegan todavía un papel importante en la mayor parte de las ciencias y de las artes.

Mi extrañeza crece hasta lo sumo, cuando por todos lados oigo repetir, que vivimos en el siglo de lo positivo, que los hechos y solo los hechos convencen á la generacion actual, y que las palabras, por seductoras que se presenten, y cualquiera que sea el brillo y la perspectiva que rodeen al que las pronuncia, no tienen fuerza alguna ni producen otro resultado que hacernos permanecer en una duda prudente, hasta que la experiencia sancione su oportunidad ó el crédito de que son merecedoras.



Tales son las voces que circulan entre nosotros, pero ¡cuán distantes se hallan de la realidad! En buenhora que aquellos asuntos cuya sublimidad los hace escapar á nuestra penetracion, aquellos que se versan sobre objetos elevados, y que están fuera del alcance de nuestros sentidos, en buenhora, digo, se hallen bajo el dominio de la fé; así lo manda la religion, lo exige la sociedad, lo aconseja la prudencia, á ello nos inclina nuestro corazon y nos impele la conciencia, pero fuera de las materias religiosas nada hay que deba ser creído sin un convencimiento íntimo de su realidad, sin un detenido exámen de nuestra razon, y todo lo que sea inaccesible á nuestros sentidos, todo cuanto no pueda pasar por el crisol del raciocinio, es nada para el hombre pensador.

Así lo han conocido, y lo diré en honor de la especie humana, casi todos los que de buena fé se han entregado al estudio de las ciencias naturales, y su principal objeto el fin á que se han dirigido sus vigiliass y sus incesantes tareas, no ha sido otro ciertamente que el separar las cosas, que se comprenden bien, y que pueden producir una conviccion de aquellas otras, que siendo solo el producto de una imaginacion viva y acalorada, no hacen mas que embrollar el entendimiento, sin que de ellas resulte jamás el menor adelanto, la mas pequeña ventaja. Esta conducta sábia y natural á la vez, ha de proporcionar, sin disputa, el desarrollo rápido de los conocimientos que cultivan, y distinguiendo del todo y para siempre la verdad del error, lo cierto de lo dudoso, los hechos de las teorías, lo positivo en fin, de lo solamente verosímil ó probable, hará caminar á las ciencias por el sendero recto de la razon, abandonando definitivamente la tortuosa vía que á su atraso y á su total ruina las condujera. Mas ¿por qué inconcebible

fatalidad, la medicina, este noble é interesante ramo de los conocimientos humanos no ha de haber aun sacudido el yugo que por tanto tiempo la oprimiera? Ella, que proporciona al hombre las delicias de la salud, que le deja gustar los goces de la vida incompatibles con la enfermedad, ella en fin, que conserva su existencia y le arrebatada á veces del borde de la tumba, esta ciencia, manantial fecundo de bienes verdaderos para todos en general, é inagotable fuente de satisfacciones para el médico filósofo, ¿no merece por ventura que sin economizar [trabajo y sin perdonar fatiga alguna le dediquemos enteramente nuestra atencion? Sin embargo, señores, acaso ninguna otra hallaremos, lo digo con dolor, en que se encuentren tan gran número de hipótesis mas ó menos próximas á la verosimilitud, en que algunos hechos incontestables se hallen diseminados y envueltos entre falaces é impertinentes teorías, en que observemos por último, la ficcion al lado de la realidad, inmediato á la verdad el engaño. ¿Y en qué consiste esta mezcla singular de conocimientos útiles y de errores trascendentales? En que se han querido siempre explicar todos los fenómenos de la vida y aun los desarreglos orgánicos por un solo y exclusivo sistema, en que se han inventado palabras que colectivamente signifiquen todos aquellos fenómenos, concluyendo por considerarlas como entes dotados de existencia, y finalmente en que se ha desatendido la organizacion para no considerar sino los grupos de síntomas que nos advierten de las enfermedades.

El sugeto de la medicina es el hombre, ser material, aunque inteligente; dejemos al Psicólogo disertar ámpliamente sobre el alma, rayo emanado de la divinidad; al médico toca solo conocer la organizacion y su mecanismo en

el estado de salud y en el de enfermedad para aplicar oportunamente los modificadores que puedan volver los órganos á su estado normal; todo lo que no sea el cuerpo humano es extraño para el hombre del arte, y el querer explicar las causas primeras de la vida indica una presunción insufrible y un orgullo incompatible con el descubrimiento de la verdad. Y ¿qué utilidad reporta para la curación de los males el suponer que la existencia individual es dependiente del comercio íntimo del alma y la sustancia corpórea, ó que ella esté sometida á un principio ó fuerza vital? Ninguna ciertamente, y es mas beneficiosa para dicho objeto la idea de que la vida está subordinada á las leyes generales que presiden á la materia. Basta por tanto conocer la organizacion sana y enferma para ser buen médico, sin que hayamos de elevarnos hasta el descubrimiento de las primeras causas, en cuyo intrincado laberinto habríamos de perdernos irremisiblemente. El proceder de otra suerte lleva anejos una porcion de inconvenientes que deseo demostrar, y este es el motivo por qué me he propuesto desenvolver el verdadero sentido que debemos dar á las palabras principio vital, fuerza curadora y propiedades vitales, cuyo uso perjudicial sería por otra parte conveniente evitar, así como tambien que la benéfica ciencia de las enfermedades no puede tener otra base que la organizacion del hombre y sus resultados.

Pero ¡qué pesada carga impongo, á mis débiles fuerzas! Yo, que desprovisto de las dotes necesarias, apenas podré explonar dignamente mis pensamientos, ¿cómo he de recordar sin ruborizarme, que ocupo en este momento el sitio mismo desde donde tantos hombres célebres embalsamarou el aire con el aroma fragante de la ciencia que salía de sus labios, y supieron grabar en los corazones de

la juventud absorta y entusiasmada, que los escuchaba con ánsia, el amor al estudio, á la aplicacion y al trabajo? Sí, sombras venerables de los Listas, de los Díez, yo me siento agobiado bajo el peso mismo de mi obligacion, yo os invoco en este dia: no mireis con indignacion profanado por mí el lugar á vosotros en otro tiempo consagrado, influid en mi ánimo para que pueda expresarme con claridad y precision, y allá desde la mansion del justo, donde os hallais en premio de vuestra virtud y filantropía, comunicadme un hálito leve de vuestra sabiduría. ¡Esperanza vana! ¡funesto error de mi juicio! Los hombres, que fueron, ya no existen por nuestro mal, y yo entregado á mis propios recursos, habré de molestaros en vez de la instruccion, que debia manifestar.

Dignaos sin embargo, prestarme atencion.

Lejos de nosotros, Ilmo. Sr., aquellos tiempos, en que los hombres no tenian otro conocimiento, que el de sus necesidades, ni otros goces, que la accion de satisfacerlas; habremos solo de recordarlos para felicitarnos del vuelo rápido de nuestra razon, y de la perfeccion, que han adquirido nuestras ideas. Entregado cada individuo á sus propias reflexiones sin aprender de los otros, ni comunicarlas á los demás, no podian salir del círculo mas ó menos extenso, que le trazara su sola imaginacion, y diseminadas las nociones particulares, que cada uno adquiriera, no podian formar un cuerpo de doctrina, de que todos hubiesen de aprovecharse; de aquí la ignorancia de aquella época, y la prolongada infancia del saber. Reunidos mas tarde en sociedad estos séres aislados de una misma familia comunicaron sus pensamientos, y extendiéndose los descubrimientos particulares, empezaron á desarrollarse las ciencias. En efecto, estas tuvieron su principio en la forma-

cion de las sociedades, y han continuado sus progresos con ligeras excepciones hasta nosotros. Envanecidos, no obstante, los hombres con sus adelantos, no se han contentado con indagar las cosas, que pasaban á su alrededor, é inquirir los fenómenos de la naturaleza, sino que mas tercos ú obstinados han pretendido profundizar sus misterios, é investigar las causas primarias, de que aquellos provieran. No tardó el hombre en fijar sus codiciosas miradas sobre su propia existencia, y apenas enterado de su organizacion, y comprendiendo apenas los actos de ella, dió una direccion viciosa á sus trabajos, y queriendo satisfacer una inútil cuanto imprudente curiosidad, trató de adivinar la potencia, que diera el movimiento á los resortes de su complicada máquina. Empero no se hizo esperar mucho tiempo la conviccion de cuán vanos serian sus esfuerzos, y deseando ocultar entonces su propia ignorancia y engañándose á sí mismo, creyó haber dado un gran paso aplicando á las cosas, que no le era permitido comprender, una denominacion todavía mas incomprensible; tal ha sido, señores, el origen de las palabras fuerza vital y curadora, y el de las propiedades vitales, que ciertamente no ocuparian hoy vuestra atencion, si ellas no tuviesen otro inconveniente, que su sola inutilidad. ¿Y qué es, en efecto un principio vital? ¿Se le quiere suponer acaso una fuerza particular, que mantiene la vida? Siendo así, reflexionemos. Si echamos una ojeada rápida sobre el espectáculo, que nos ofrece la naturaleza, muy pronto nos convenceremos de que todos los fenómenos, que en ella observamos, se reducen á dos cosas solamente: materia y movimiento; pero la materia es inerte por sí misma, y por tanto permanecería eternamente en igual é idéntico estado, si no estuviese dotada de ciertas propiedades inherentes á ella, que pro-

ducen el efecto de otras tantas fuerzas capaces de ponerla en actividad. Así, pues, conocidos los agentes impulsivos de la materia, y estudiando las leyes que los rigen, nos damos cuenta y razon exacta de un gran número de hechos, que percibimos en el universo, y principalmente en los séres inorgánicos, que entran en su composicion; pero al lado de estos se advierten otros cuerpos dotados de una organizacion mas ó menos complicada, que á primera vista parecen resistir á la accion de las causas generales, y hallarse sometidos á leyes especiales, que arreglan su modo de existencia. Ahora bien; ¿estos séres organizados obedecen á una potencia particular? ¿El juego, el ejercicio de cada una de sus partes está sometido al influjo de una sustancia espiritual, ó de una entidad corpórea diferente de la materia general del universo? Es sabido que Descartes atribuia á una materia sutil el principio de todo movimiento, y que explicaba el gran número de fenómenos naturales por el movimiento contínuo y la frotacion de los átomos; es igualmente conocida la opinion de Aristóteles, que admitia una causa única á toda union material, que llamó *æter*, y consideró como un quinto elemento, y aunque estas teorías no merezcan el honor de la crítica, siempre nos manifiestan las ideas, que tenian los antiguos sobre el objeto que nos ocupa. Posteriormente Sprengel y sus sectarios concedian á los sólidos en general una actividad vital sin dar participacion alguna á los líquidos animales, pero este modo de pensar tuvo pocos imitadores por la certidumbre del papel importante que hacen los líquidos en la economía, habiendo reconocido Hunter, Hufeland y otros muchos, que todos los humores, y especialmente la sangre, tienen una parte esencial en la vida, y que la causa de esta ha de residir sin duda alguna en

la totalidad del organismo. Autenrieth la hacia depender de un flúido imponderable de una naturaleza desconocida, y por tanto diferente de la luz, el calórico y la electricidad. Lecat, partiendo del principio de que los nervios son los agentes del sentimiento y el movimiento, admite la existencia de un flúido animal, que se elabora en el cerebro y se descompone en tres distintas especies; una mas grosera que circulando por el canal central de los nervios origina el movimiento; otra mucho mas fina llamada flúido sensitivo, que pasa por filetes huecos y sumamente delicados, que forman las paredes de los mismos nervios, y es el órgano del sentimiento, y la última en extremo sutil, que se separa de las demás en el mismo cerebro y en los ganglios nerviosos de diferente naturaleza segun los usos á que está destinada, que contribuye á establecer las disposiciones de las máquinas necesarias á las varias facultades del alma, y sobre todo á la manifestacion de los afectos, por manera que el flúido nervioso susceptible de recibir la impresion de la luz para la vision, es diverso del que siente la accion de los cuerpos sápidos, del mismo modo que el que anima los órganos de las pasiones se diferencia del que sirve para el tacto y los demás sentidos.

Pero aunque el flúido animal es, segun Lecat, el principio de la vida y de todos sus resultados, no puede sin embargo producir por sí solo los fenómenos materiales; no le es dado recibir inmediatamente las sensaciones ni ejecutar los movimientos, á causa de su extremada sutileza desproporcionada con la materia, lo que la hace impropia para un choque ó impulsión recíproca con ella, y por tal motivo se vé obligado Lecat á valerse de una sustancia mediadora, que mezclándose con el expresado fluido nervioso disminuye hasta cierto punto su tenuidad, y com-

plica su teoría, suponiendo que se verifica una especie de amalgama ó una íntima mezcla del flúido motor y sensitivo con la parte mas fina de la sangre, para hacerlo capaz de obrar sobre los cuerpos y proporcionar la vida. Es innegable, Illmo. Sr., que esta teoría, que á grandes rasgos acabo de exponer, es un indicio cierto del talento de su autor, pero al mismo tiempo es tan infundada, que bastan pocas razones para desvirtuarla completamente. A la verdad, concediendo al sistema nervioso la importancia que tiene en la economía animal, no está demostrada la presencia en dicho sistema de un flúido desconocido que circule, ó de cualquier modo pase por su interior, los nervios parecen desprovistos de conductos ó canales, y todo induce á creer que su estructura es sólida, blanda y muy diferente de la vascular; por último, no son necesarios estos órganos para la vida, puesto que los vejetales y los animales situados en la parte mas baja de la escala viven ciertamente, y sin embargo no entran ellos en su composición.

Sentado que la vida no está sostenida por ningun agente corpóreo diferente de la materia general del universo, necesitamos investigar si ella será el resultado de la influencia de una sustancia espiritual. Burdax, afirma, que el mundo es un organismo absoluto, una existencia primordial, reunion de todas las cosas finitas, cuya actividad depende de una causa que no está al alcance de nuestros sentidos ni puede ser conocida sino por sus efectos; es por tanto de naturaleza espiritual, un ser único, infinito, libre el espíritu del mundo, en una palabra, Dios. El mundo pues, es el principio universal de la vida, é irradiando á los cuerpos organizados dá origen á los actos especiales de estos, de suerte, que la causa esencial del movimiento vi-



tal de las plantas y de los animales, incluso el hombre, es un espíritu, parte integrante del que, unido á la materia increada, constituye el universo Dios. Esta sucinta exposicion del pensamiento de Burdax nos manifiesta que todo su sistema no es otra cosa que el Panteismo, por lo que no me detendré en refutarlo. No merece llamar la atencion el aserto de Valdsmidio, el cual reconoce dos espíritus diversos, el uno, que llama vital, parte mas ténue de la sangre rarefacta y muy activa, que produce el calor y la vida, y el otro denominado animal, ménos sutil, que preside á los sentidos y movimientos; tampoco hablaré de la sustancia espiritual, que personificaron Parascelso y Van-Helmont dándole el nombre de Archeo, situándolo en la region del estómago, y admitiendo otros archeos subalternos para dirigir cada una de las funciones. Stalh pretende que el alma es la fuente, de donde emana la vida, y en virtud de esta asercion se vió oblipado á sostener que los vegetales tienen alma, puesto que viven. Una multitud de razonamientos se agolpan á la imaginacion para rechazar tal doctrina. La vida es el resultado de la organizacion, pero la materia por sí mismo no puede entrar en accion, como queda dicho, sin el auxilio de las fuerzas, que residen en su interior, y sin la influencia de los fluidos imponderables, que la afectan de un modo particular, fuerzas y fluidos creados por un poder superior, que no nos es lícito comprender; y que no formando parte de nuestro propio sér, es la causa primera de los fenómenos vitales. Con efecto, aunque sea imposible percibirla, ni menos explicarla, existe una sustancia espiritual causa determinante de todos los fenómenos de la naturaleza, y por consiguiente móvil y agente de las funciones vitales, á las que preside y dirige siempre en armonía con la estructura, disposicion y especiales cir-

cunstances de las partes, á quienes están encomendadas estas funciones; existe en suma un Supremo Hacedor, increado, infinito y eterno, un Dios verdadero, alma de la creacion, que vivificó y animó todos los seres organizados, y en este sentido podemos admitir el pensamiento de Stahl; mas como el jefe de los animistas se refiere solamente al alma individual, no podemos participar de sus ideas. A la verdad, además del absurdo, que envuelve la creencia en la animacion de las plantas, vemos en los últimos anillos de la cadena animal, algunos seres de una composicion tan sencilla, que nos es lícito no considerarlos de otra suerte, que como pura materia, y si, como quiere Willis, están dotados de un alma inferior, que llama vegetativa, sería necesario admitir tantas especies de almas como de animales, dándoles mas 'cualidades de perfeccion, segun que se encuentra mas graduada su categoría en la escala animal y mas complicado su organismo; de este modo llegaríamos hasta los mamíferos, y entre estos mismos notaríamos tan visibles diferencias, que nos sería preciso el considerarlos unidos á espíritus de cualidades diversas. Con efecto hay algunos, que poseen facultades sensoriales superiores á los demás, aunque inferiores al hombre, por lo que le concedian los antiguos un alma sensitiva, que situaban en la sangre, y en este convencimiento fundaban el precepto de respetar á este líquido, como lo hizo Moisés prohibiendo á los hebreos el usarla como alimento. Es evidente, que el perro, por ejemplo manifiesta señales de alegría, de tristeza, ódio, amor, amistad, cólera &c.; él tiene memoria, una especie de concepcion, docilidad, cierta imaginacion, que le hace soñar con la caza, y demás actos, que ha ejecutado en la vigilia, en fin las sensaciones y las pasiones son cosa tan unánimemente reconocidas en mu-

chos animales, que á estas sensaciones y pasiones se las denomina en el hombre mismo su parte animal. De lo expuesto parece desprenderse, que el espíritu unido al cuerpo de los brutos, preside todas sus funciones, las dirige y modifica, pero nada menos probado. Repugna á la razon un comercio íntimo entre el espíritu y la materia, una accion y reaccion recíproca entre cosas tan desemejantes, y en la hipótesis de que haya un alma, que ejerce notable influjo en el cuerpo de los animales, no es indispensable concederle la posibilidad de introducirse entre las moléculas de los órganos, y mezclarse con ellas para facilitar su ejercicio. Así como el aire comprimido, el vapor etc., por su elasticidad, ó fuerza expansiva son bastante poderosos para poner en movimiento una máquina, sin que hayan de obrar sobre cada uno de los resortes, de que se compone su mecanismo, de una manera análoga, si bien inexplicable, comunica tal vez la sustancia inmaterial el primer impulso á la organizacion animal, cuyo ejercicio continúa ya recibido el movimiento por sola la admirable combinacion de fuerzas, que resultan de las propiedades inherentes á la materia, y de la accion mas ó menos enérgica de los flúidos imponderables. Pero la suposicion de un alma en toda máquina animal por analogía de lo que acontece en el hombre, no está basada en ningun dato seguro, y los hechos en contrario abundan para convencernos de que no entra espíritu alguno en la composicion de los irracionales. Así debe de ser si atendemos á la variedad que se advierte en la extension y energía de las afecciones peculiares á cada especie de animal, mientras que habrian de manifestarse exactamente iguales, si el alma fuese la encargada de darles nacimiento y dirigirlas, porque debiendo ser una sustancia simple, uniforme, inalterable por su esencia, é

igual en todos los individuos de una misma especie, no puede ser susceptible de producir variedades en cada uno de ellos; no es un alma por tanto la que hace al perro mas ó menos sensible, mas ó menos amigo del hombre, mas útil para la caza, ó para determinados usos; es, pues, la parte material á la que debemos atribuir todas sus inclinaciones y afectos; en ella reside el mecanismo de las sensaciones, y de la memoria é imaginacion imperfectas, que poseen la inmensa mayoría de los cuadrúpedos. Todavía comprenderemos mejor la exactitud de este raciocinio recordando lo que ocurre en ciertos casos de alteracion humoral. El perro comunica la rabia á otros animales y al hombre mismo, inoculándoles su baba venenosa, y hay ejemplos de otros mamíferos, en los que se desenvuelve tan terrible enfermedad á consecuencia de violentos raptos de cólera; el desarrollo de esta pasion parece ser la causa eficiente de la transformacion de un líquido inocente en otro sumamente nocivo; así se ha visto la mordedura de un caballo irritado en extremo producir en siete dias la muerte de un hombre con todas las señales de la rabia. Se sabe además, que el animal que trasmite el veneno, comunica sus inclinaciones y tendencias al hombre mordido, el que sufre vehementes deseos de morder á otros, y hasta emite á veces sonidos algo parecidos al ladrido del perro, de quien habia recibido el mal. De estas observaciones se deduce, que la cólera, y en general las pasiones de los brutos son estados morales impresos en su parte material, porque es de todo punto inexplicable su comunicacion de uno á otro individuo de especie diferente por medio de un líquido alterado, si ellas fuesen el producto de una substancia espiritual. Ciertamente no es fácil concebir un líquido todo materia, imprimiendo sus caracteres en una sustancia desprovista

de partes, y para que esto tuviese lugar, era indispensable que dicho líquido fuese impregnado del espíritu apasionado, y que este pasase al cuerpo del animal mordido, suposición gratuita y completamente inadmisibile.

En cuanto al hombre goza en el mas alto grado de todos los atributos del animal, y su autor por un exceso de bondad le ha enriquecido con un alma de esencia divina, cuyo conocimiento se ha reservado á sí solo, y la ha unido á la parte material por lazos igualmente misteriosos. El hombre tiene por su calidad de animal las sensaciones, las pasiones, la memoria, imaginacion etc., pero su espíritu podrá ser el agente de los pensamientos y reflexiones sublimes, que tanto le enaltecen, y le hacen superior á todos los séres organizados; no nos corresponde profundizar este asunto, y tampoco nos es lícito el comprometer en discusiones físicas una substancia, sobre la cual conviene guardar un silencio respetuoso. De todas maneras es bien obvio que el alma humana no puede ser el principio vital en el sentido que los fisiólogos dan á esta palabra. En efecto ellos reconocen enfermedades, que atacan inmediatamente las fuerzas vitales, venenos, que van de un modo directo á ejercer sus propiedades mortíferas, sobre el principio de la vida, y teniendo el alma racional el privilegio de la inmortalidad, se sigue sin duda alguna, que no se halla al alcance del dedo de hierro de la enfermedad, que con harta frecuencia desgarran nuestros órganos.

Demostrado en cuanto lo permite mi pobre inteligencia, que la potencia ó el móvil de los actos funcionales, no es una entidad corpórea diferente de la materia general del universo, ni una propiedad especial y desconocida de la misma, como tampoco una sustancia inaccesible á los sentidos, cualquiera que sea su naturaleza, es preciso deducir

que el juego de la economía humana, ya recibido el primordial impulso, sigue sostenido durante cierto tiempo por agentes naturales iguales ó semejantes á los que mantienen la armonía del universo.

En realidad, Ilmo. Sr., no se concibe fuerza alguna sin cuerpo, que la produzca, y no pudiendo este hallarse distante del punto donde aquella se demuestra, claro es, que cada parte del cuerpo animal tiene en sí mismo la facultad de vivir, y por consiguiente la potencia vital es sinónima á organizacion. Pero este modo, se dirá, de considerar esta fuerza, se halla en el día enteramente abandonado por muchos de los que la admiten; es una palabra, que expresa solamente el conjunto de hechos que se observan en los séres orgánicos contrarios á las leyes generales de la materia. Este modo de discurrir acerca del valor que debe darse á la fuerza, de que se trata, es menos ocasionado á graves errores, y no obstante semejante explicacion no debe satisfacernos. Es verdad, que se verifican en los cuerpos vivos una porcion de actos, cuya comprension es bastante difícil en el estado actual de la ciencia, mas esto no nos faculta para aplicarles un nombre oscuro, y aun mas inexplicable, ni menos para creerlos emancipados del dominio de la física general; opuesto á la gravedad es por ejemplo el ascenso del agua en las bombas absorbentes, y nadie ha pensado todavía que estas máquinas no sean del resorte de la Neumática, y si este hecho es susceptible de una explicacion rigurosa, no así el ascenso del mismo líquido en los tubos capilares, y ¿habremos de recurrir á una fuerza capilar para dar razon de este fenómeno? No Señores; la accion y reaccion de los cuerpos de la naturaleza los unos sobre los otros producen efectos maravillosos, y á veces incomprensibles, mas no por eso dejan de ser

naturales, y quizá llegará un día, en que sean perfectamente conocidos por el filósofo observador; de la misma suerte podrán apreciarse completamente las acciones orgánicas, refiriéndolas á la estructura de las partes que las dan origen, á la íntima conexion que existe entre ellas, su enlace mútuo, y el sorprendente comercio de sólidos y flúidos, de que resulta la combinacion de movimientos, que constituye la vida; todo es, pues, natural, todo físico, cuánto admiramos en el cuerpo humano, y no debemos consentir la admision de esas leyes excepcionales llamadas vitales, y que no tienen mas fundamentos que la acalorada fantasía de sus inventores. Es necesario considerar al hombre como una máquina complicada, compuesta de otras muchas mas pequeñas con relacion entre sí, de cuyo conjunto se forma cada individuo; el ejercicio de ellas origina las funciones, y la reunion de estos actos mecánicos se expresa con el nombre de vida; nada hay en esta, por tanto, contrario á las leyes generales de la materia en la apariencia, que no pueda interpretarse por las reglas particulares de la química, de la mecánica, hidrodinámica etc. La circulacion de los líquidos contra su propio peso, la conversion de unos materiales en otros asimilables á los órganos, la fijacion de unos principios, la separacion de otros, la descomposicion de algunos cuerpos y su reduccion á partes elementales, la resistencia, en fin, á la putrefaccion, son fenómenos por cierto dignos de la mayor atencion, y capaces por sí solos de hacernos conocer la existencia de un primer Hacedor; mas esta no es razon suficiente para que los creamos emanados de otras causas, ni regidos por otras leyes, que las dependientes de la disposicion especial de las partes que los producen; muchos de ellos han sido explicados satisfactoriamente segun esta consideracion; para algunos

se acerca ya el término feliz, y en cuanto á los restantes debemos esperar con la mayor confianza, que no tardarán en ser conocidos; los descubrimientos que sobre el asunto se han hecho de algun tiempo á esta parte, nos autorizan á persuadirnos, que todos tendrán igual suerte, y aguardando con ánsia este dichoso resultado, debemos rechazar cualquiera interpretacion de la palabra principio vital, como no se entienda por ella solamente la organizacion especial, que nos obliga á vivir. ¿Quién no sabe que Spallanzani ha hecho fecundar artificialmente á ranas y perros y Jacobi á varios peces, y que sus experimentos han sido repetidos con éxito por Dumas y Prevost? ¿Se ignoran acaso las digestiones artificiales producidas por Rossi y el mismo Spallanzani, aunque Chaussier niega positivamente su posibilidad? Es verdad que para ejecutar estos hechos han usado de líquidos ya formados en los animales, y que dichos líquidos no pueden por lo general formarse por medio de fuerzas mecánicas, ni por combinaciones químicas, pero además de que Berard, Proust, Debernier y otros han producido compuestos orgánicos y Woeler ha demostrado el modo seguro de formar úrea, tenemos evidencia del papel importante que hacen los flúidos imponderables en la union y separacion de los elementos orgánicos y en la accion mútua de sólidos y flúidos origen del movimiento vital.

No poseemos bases seguras en que apoyarnos para creer en el magnetismo animal; su historia está llena de ilusiones, y aun falsedades; hay sin embargo un hecho, que parece hablar en su favor; varios paralíticos se han curado por la inmersion de sus miembros en sangre de animales recién degollados, pero aunque estuviese demostrada la presencia de este flúido, pudiera ser solamente una particular manifestacion de la electricidad.

El calórico dilata y rareface los líquidos, facilita su penetración en los sólidos, volviéndolos mas flexibles; en consecuencia se aproximan y entrelazan haciendo sus relaciones mas rápidas y enérgicas; de esta manera aumenta la actividad de las fuerzas químicas, como tambien los fenómenos vitales, el sentimiento y el movimiento; su intervencion es absolutamente indispensable para la formacion y el desarrollo orgánico, y el huevo fecundado permanecería inerte á pesar de la supuesta fuerza vital, si el calor natural del ave, ó proporcionado por el artificio, no le sacasen de un eterno reposo.

Pero la electricidad es sin disputa el motor esencial de la economía viviente; apenas hay resorte alguno de ella, que no esté sometido á su potencia impulsiva, y en combinacion con los actos mecánicos y químicos, ó tan solo aumentando el valor de estos actos, dá origen y auxilio ó contribuye al juego comun de todas las partes.

Si los estrechos límites de este discurso no me lo impidiesen, hablaría de los experimentos hechos para probar, que la absorcion no es mas que una imbibicion mecánica, entraria en detalles para afirmar que la circulacion está sostenida por la atraccion, la presion atmosférica, y el influjo de la electricidad, y aunque el corazon imprime á la sangre el principio de su curso, ni es indispensable para el efecto, como acontece en los animales inferiores, que carecen de él, ni su actividad deja de estar subordinada, como cualquiera otro músculo al dominio de la electricidad. Del mismo modo se hallan sometidas todas las funciones al imperio de este flúido motor, que se descubre en el interior del organismo, ó llega á él en otros casos por comunicacion de los cuerpos que lo circundan; el exosmosis y el endosmosis descubiertos por Dutrochet son una mues-

tra palpable de lo primero, y los hechos observados por varios experimentadores, entre los cuales descuellan Breschet, Edwards y Vavaseur nos aseguran lo segundo. Es bien sabida la parte principal, que tienen los nervios en la digestion alimenticia, de que resulta, segun los trabajos de los autores citados, que se suspende del todo la quimificacion cortados los nervios del estómago, y separadas sus extremidades, mas la funcion se restablece, sustituyendo á la corriente nerviosa otra galvánica. Por otra parte, los movimientos tanto voluntarios como involuntarios, dependen al parecer del comportamiento de los nervios y músculos entre sí, al modo de los polos de una pila de Volta, por cuya causa entran en una corriente que corresponde al tipo de la electricidad en general; no es, pues, extraño, que el galvanismo supla la falta ó la lesion de los nervios para las contracciones musculares, ni que estas se verifiquen por el estímulo galvánico hasta cierto término, en los individuos desprovistos de toda disposicion vital. El sentimiento, pues, y el movimiento, caractéres principales de la existencia son uno y otro promovidos y dominados por el admirable poder de la electricidad; mas todavía, este cuerpo imponderable entra por mucho en la primera formacion de los séres; los últimos de la escala animal, los infusorios, y principalmente los mónades, se vivifican por la accion combinada del agua, del aire, el calórico y la electricidad, y siendo cierta la creencia del célebre naturalista Lamark, relativa á las generaciones expontáneas fundamentales en todas las especies vivientes, que gradualmente se han ido complicando y perfeccionando por la organizacion, y cuyas formas han sido fielmente trasmitidas por la sucesion de generaciones, se concibe la parte tan importante que tiene el flúido dinámico por excellen-

cia en la primitiva evolucion del huevo humano.

En resumen, Ilmo. Sr., Dios por su Omnipotencia ha creado materia orgánica é inorgánica; una y otra se componen de iguales elementos, pero en la primera forman uniones ternarias ó cuaternarias, mientras solo se observan las binarias en la segunda; á la combinacion del mayor número de sustancias elementales, se debe la forma variada de las partes constituyentes del organismo y la facultad, que tienen de vivir, es decir, ejecutar acciones especiales, nutrirse y funcionar cada uno de un modo diverso, auxiliadas por las fuerzas generales y el influjo del calórico y la electricidad, y el llamado principio vital es solamente una hipótesis, una abstraccion, una palabra en fin, que expresa únicamente en conjunto los fenómenos de la vida.

Todavía es mas extraña é inadmisibile la denominada fuerza curadora.

Los inventores del mentido principio vital, llevaron su temeridad hasta el extremo repugnante de crear un ente con el poder extraordinario de hacer desaparecer las enfermedades, y le creyeron una secuela de aquel otro, que revistieron con la omnímota facultad de presidir á la vida y conservar la salud; parece inverosímil tan inconcebible aberracion del entendimiento humano, pero hallaremos la causa en el inmoderado amor propio, que pretende comprender todas las cosas, aunque para explicarlas haya de recurrir á suposiciones arbitrarias, y mas aun en el grande apego á lo maravilloso, que ha caracterizado á los hombres desde tiempo antiguo hasta casi nuestros dias.

Pocas reflexiones bastarán para rectificar el equivocado sentido que se ha dado á esta fabulosa concepcion de la inteligencia, y emancipando definitivamente nuestra razon de las ideas monstruosas que la subyugaran, quedará

al fin descargada del enorme peso que la oprimiera, y en actitud conveniente para descubrir por su medio la verdad.

Si existiese una potencia curadora especial, ó tendria su asiento en el mismo cuerpo, ó se hallaría fuera de él; en este último caso es positivo que no podria ejercer accion alguna sobre el hombre, por no ser una propiedad de sus órganos sino poniéndose en contacto con e'los, y nos consta que las fuerzas son cualidades de los cuerpos, donde se manifiestan en circunstancias particulares; pero este contacto envuelve tácitamente la necesidad de partes que lo ejecuten, ó materia que lo produzca; por tanto en este sentido, la fuerza medicatriz es sinónima á medicamento. ¿Empieza por el contrario y se desarrolla en el interior mismo, ó entre las moléculas integrantes de nuestro ser? Entonces no es otra cosa que una cualidad de ellas, y resultado preciso de nuestra organizacion. En una palabra; no puede concebirse poder alguno que se oponga á la muerte, sino la estructura particular de las partes de que resulta el movimiento continuo que resiste á su destruccion, y mientras ellas no pierdan alguna de las condiciones necesarias para obrar, han de manifestarse las funciones, cuya reunion constituye la vida.

Sin embargo, se observan durante esta algunos hechos que parecen depender de una tendencia ó conato permanente á recobrar la salud y resistir los males, y hé aquí cómo puede explicarse este feliz acontecimiento sin perder de vista la organizacion y su ejercicio.

En una máquina tan completa y de un mecanismo tan complicado como es el hombre, todos los actos que dependen del juego de sus partes, tienen un enlace íntimo, una relacion entre sí; las piezas que la componen se hallan perfectamente entrelazadas, y el movimiento peculiar á cada

una aunque independiente hasta cierto punto, refluye en el de todas las demás, lo que indicó Hipócrates en las siguientes palabras: *Consensus unus, conspiratio una, et omnia, consencientia.*

De esta dichosa coordinacion de las partes y de sus relaciones funcionales, se sigue necesariamente, que cuando un órgano por cualquiera causa se encuentra contrariado en su accion, ó disminuido su movimiento, continuando entretanto el de los demás, se vé como compelido á no interrumpir su funcion y el empuje de las partes que se conservan en estado normal, y en la mas estrecha relacion con la morbosa, es la causa que mas contribuye al restablecimiento de su regular ejercicio. De este modo la sola disposicion de los órganos y sus portentosas conexiones, producen por la combinacion de sus actos una especie de fuerza curadora, que no es en último análisis otra cosa, sino el efecto preciso de la composicion animal.

Y ¿qué diremos, señores, de las propiedades vitales? ¿De una sensibilidad insensible, y una contractilidad sin músculos que la determinen? En la admision de ellas han procedido los hombres como en la de las fuerzas anteriores, engañados por falsas ilusiones é impulsados por el deseo presuntuoso de aparentar que han adivinado las operaciones de la naturaleza. ¡Funesta ceguedad, origen de incalculables desgracias! No, no son propiedades que por sí solas originan la vida; no son tampoco la causa material de la actividad orgánica; solamente expresan ciertas funciones, y de ningun modo son precisas para la facultad nutritiva de toda la economía, como se afirma; pero analicemos sucintamente estas diversas dependencias del pretendido principio vital para deducir las consecuencias que convienen á mi objeto.

Los mismos fisiólogos, que finjen creer la existencia de estas supuestas propiedades, no están acordes sobre su número, ni la denominacion que mas puede convenirles, lo que prueba suficientemente su incertidumbre, pero me referiré solamente á aquellas que se admiten por la inmensa mayoría de los autores, y que parece que se hallan sancionadas por el uso; tales son la sensibilidad y contractilidad.

No es necesario un grande esfuerzo de raciocinio, ni una meditacion muy profunda para conocer desde luego que la perceptibilidad y contractilidad voluntaria son dependiente de un órgano que recibe las impresiones y determina los movimientos. El cerebro en estos actos ejecuta una de las funciones á que está destinado, y para cuyo desempeño se halla convenientemente dispuesto, y á la manera que el estómago tiene la facultad de digerir, y que la digestion es el efecto inmediato de su ejercicio, así tambien las sensaciones y contracciones son el resultado preciso de la accion cerebral, y de su influjo sobre la fibra muscular por medio de la corriente nerviosa que debe de ser la electricidad como queda antes indicado; por consiguiente si llamamos vitales á estas facultades, habriamos de admitir otras tantas propiedades de la vida, cuantas son las funciones: pero ellas son necesarias, se dice, aunque no se perciban para la asimilacion nutritiva. En efecto, existe en el interior de las partes que forman el cuerpo humano, un movimiento de composicion y descomposicion; unas moléculas se desprenden como inútiles al tiempo mismo en que se fijan otras nuevas para reemplazarlas. ¿Y habremos de conceder á los órganos una sensibilidad peculiar á cada uno para conocer y distinguir las partículas nutritivas que le son propias y conformes á su

estructura, y una facultad contráctil inherente á ellos, calculada solo por resultados, y exclusiva de los seres organizados? Yo responderé con hechos deducidos de la observacion. Pongamos en contacto una disolucion de sulfato de magnesia y otra de carbonato de potasa, y sucederá siempre que se repita el experimento la union del ácido sulfúrico con el óxido de potasio, y la del ácido carbónico con el óxido de magnesio, lo que además se nota en todos los casos de afinidad electiva doble. ¿Concederemos á los ácidos una sensibilidad para percibir la impresion de sus respectivas bases, y llamaremos contractilidad al movimiento intestino mas ó menos apreciable que se desenvuelve en estos cuerpos por su union? ¿Deberemos creer al iman provisto de estas propiedades para conocer al hierro entre otros metales, y obligarle á moverse para aproximarse entre sí? Es verdad que estos son fenómenos químicos ó físicos dependientes de la afinidad y de una atraccion especial, mas tambien lo es que los actos necesarios para la nutricion orgánica son de idéntica especie ó muy parecidos, si no iguales á los que acabo de enumerar; en nada se apartan de las reglas generales que rigen á los demás cuerpos de la naturaleza, y no es por tanto necesario admitir para su produccion las propiedades vitales. Así, pues, cualquiera que sea la causa que proporciona la regeneracion de los órganos, no es errónea la seguridad de que ella no engendra la vida, de que es positivamente el producto, y por lo mismo no debe llamarse vital, porque la existencia individual depende únicamente de la estructura y conformacion particular de la economía animal, que la dispone á ejecutar los actos indispensables para vivir.

De esta manera queda probado, aunque con la mayor concision, que los llamados principio y propiedades vitales,

así como la fuerza curadora son voces quiméricas capaces de conducir al error, y que todos los fenómenos animales se comprenden yá, ó se esplicarán en lo sucesivo por leyes puramente físicas y químicas, y por el conocimiento profundo de la organizacion. Veamos ahora, que esta es la base de la verdadera medicina, y los perjuicios que se irrogan á la ciencia, si nó se atiende, cual corresponde al estado anormal de los órganos, dando todavía importancia á las palabras, y sobreponiéndolas á los hechos, que ha sido mi objeto principal al redactar estas líneas.

No es una vana cuestion de voces, ni una discusion estéril en resultados, la que acabo de presentar; no ha guiado mi pluma una inútil é infecunda curiosidad, y mucho menos el deseo reprehensible de negar por ostentacion, aquellas mismas cosas, que han sido consideradas como verdades inconcusas por hombres doctos y acreditados; no, señores, el objeto, que me propuse al compendiar las anteriores reflexiones, ha sido mas extenso, fructífero y ventajoso á la ciencia benéfica que profeso; he querido manifestar los males sin cuento que reportaria la medicina, y las innumerables desgracias que agravarian la afliccion y estado de los infelices enfermos, sino haciéndonos cargo de mis razones, arrastrados por la autoridad de nombres célebres, perdiésemos de vista un momento las modificaciones orgánicas por atender al estado de las propiedades vitales, ó dejásemos perder el tiempo á propósito, la oportunidad en la aplicacion de los remedios, esperando inútilmente la desaparicion del mal por los esfuerzos de la potencia vital: una breve reseña de los inconvenientes anexos á semejante comportamiento será la prueba irrecusable de la exactitud de mis asertos.

La persuacion de que hay varias causas capaces de

desarreglar la salud, y aun originar la muerte sin atacar la organizacion, ha dado márgen á admitir enfermedades vitales, y considerando sus sectarios, que no dejan vestigio alguno despues de ellas, descuidan interrogar á la naturaleza muerta. De esta suerte y desdeñando echar una mirada escrutadora sobre las partes que juzgan intactas, han proporcionado un notable atraso á la ciencia, que hubiera obtenido inmensas ventajas de las inspecciones cadavéricas. La anatomia patológica, este manantial inagotable de riquezas para el diagnóstico, que llevada á un punto mas que mediano de perfeccion, tanto ha esclarecido algunas afecciones, ilustrándonos sobre su verdadero modo de curacion, quedó abandonada y sin cultivo en los casos indicados, y este mal de incalculable trascendencia fué sin duda debido á la errónea cuanto absurda creencia de enfermedades sin sitio, vitales, ó del principio vital.

Esta misma fuerza considerada como susceptible de recibir la impresion de las causas morbosas, sin el intermedio de los puntos, donde estas ejercen su accion, ó desentendiéndose al menos de las alteraciones que en ellas debian producir, originó sin duda esa funesta ontología de que tanto se ha resentido la ciencia. En efecto, unos agentes que respetando los cuerpos sobre que obran, se creen aptos para acometer á sus propiedades ó al principio motor que los anima, no pueden demostrar sus efectos perniciosos sino por los desarreglos funcionales, únicos que en semejante suposicion les es dado ocasionar, y de aquí el empeño de moderar aquellos trastornos con el vano aunque laudable designio de hacer desaparecer las alteraciones de la salud.

La medicacion, pues, de los síntomas, la mas insignificante de todas, no pocas veces perjudicial, nació princi-

palmente de la persuacion de las enfermedades vitales, así como esta monstruosa concepcion del ingenio habria con seguridad abortado, si desde luego se hubiese tenido presente, que la fuerza vital no es otra cosa que la disposicion especial de las partes que las hace hábiles para vivir.

Mayores daños se han irrogado de la admision de la fuerza medicatriz.

Hubo una época en que casi todos los signos que indicaban el padecimiento, fueron respetados como esfuerzos de la naturaleza para oponerse á la causa del mal, expellerla ó destruirla; la fiebre, sobre todo, ha tenido por un tiempo dilatado este lamentable privilegio, y en tan fatal suposicion se hizo un cánon de la ciencia el promoverla y aumentarla, cuando se juzgaba poco desarrollada é insuficiente. El ánimo menos impresionable se horroriza al contemplar los inmensos perjuicios que esta conducta produjera, pero al menos consuela la idea de que tales extravíos de la razon han desaparecido felizmente entre nosotros, para no reproducirse jamás. Sin embargo, ha continuado la admision del principio, cuyas consecuencias son de la mayor importancia.

Efectivamente, de esta conviccion ha nacido la medicina expectante, especie de Proteo, que cada cual interpreta á su modo y cuyos términos se hallan aun por fijar. Al censurar este método, no me refiero al tratamiento que se funda principalmente en el buen uso de los modificadores higiénicos, que ordena economicen los remedios violentos, y propinarlos con oportunidad, temiendo siempre sus efectos extremados; no, señores, esta es por cierto la verdadera medicacion, y aquella solamente en que puede tenerse esperanza de un éxito feliz; pero aquel otro que está basado en la expectativa de los esfuerzos saludables de una

fuerza imaginaria, que prohíbe la aplicación de los medios convenientes por el temor de turbar ó conducir mal los expresados conatos; esta es la expectación á que se opone y rechaza el buen sentido, y que rara vez hará obtener resultado favorable.

También han causado daños sumamente trascendentales las supuestas propiedades vitales. Como si ellas fuesen á la par causas y efectos de la vida, como si existiendo realmente, no pudiera resentirse la salud sino en consecuencia de sus padecimientos, juzgando que todos los agentes de la naturaleza y aun los modificadores del hombre vivo, hacen en ellas su impresión, desentendiéndose en fin, de las alteraciones de los órganos, sus celosos partidarios no han visto en las enfermedades mas que aumento ó disminución de estas propiedades, ni han considerado los medicamentos sino como medios propios para corregir este particular estado de ellas. Nunca acabaría, si tratase de enumerar todos los casos en que hacen un papel importante, y siempre son consideradas del mayor interés en los diversos ramos de la ciencia. ¿Y qué resulta de este extraño modo de pensar? Un tratamiento mas erróneo aún y nocivo. La sensibilidad y contractilidad expresan solamente unas facultades que se manifiestan por actos determinados, y estos tienen una causa que los produce, y órganos cuyo ejercicio los hace nacer; por tanto, toda variación sobrevenida á dichos actos, debe por necesidad consistir en una alteración cualquiera de las partes encargadas de ejecutarlos, y nuestros esfuerzos se han de dirigir exclusivamente á apreciar con exactitud estas mudanzas, para proceder con oportunidad á remediarlas; de otro modo nos opondríamos sin fruto alguno á los efectos, dejando intacta la causa que pensábamos equivocadamente destruir.

Procediendo de esta suerte, dará la observacion resultados felices y positivos, y entonces, solo entonces, serán útiles y provechosas las exposiciones exactas de las enfermedades, porque la observacion que no se dirige ante todo á investigar la parte que padece, es perdida para el individuo, y las descripciones, que solo designan los síntomas sin especificar la alteracion orgánica que los produce, son pérdidas para la ciencia.

No faltará quien juzgue mis expresiones poco meditadas, quien me tache de irreflexivo al producirme de esta manera. ¿Pues qué, los escritos de tantos hombres célebres son inútiles completamente? ¿Y los tratados de epidemias de Hipócrates y Sydenham, los trabajos del mismo género de otros muchos sábios pertenecen cuando mas á la historia, y no son del mayor interés para la práctica? Hablaré con franqueza, señores, estas bellas producciones del entendimiento humano son acreedoras por todos títulos á nuestro aprecio y estimacion; ellas nos obligan á admirar en sus autores el mayor discernimiento, y sobre todo el método y precision descriptiva, son seguramente dechados preciosos donde pudiéramos aprender estas inapreciables cualidades y modelos dignos de imitacion; pero en rigor, ni ellas han correspondido á las esperanzas que hicieron concebir, ni han traído adelanto alguno en el tratamiento de las enfermedades; despues de haber leído la historia de las epidemias, enterados de los sufrimientos que produjeran, y del método curativo, que mejor éxito obtuviera, nada ha ganado el diagnóstico, base de toda medicacion, y aunque pudiéramos conducirnos del mismo modo, si se presentasen casos semejantes, se comprende fácilmente, que variando los males segun los diversos climas y estaciones en que se desenvuelven, en proporcion á los há-

bitos de las naciones, constitucion y temperamento predominante de sus individuos y otras circunstancias accidentales, aquel comportamiento, además de ser empírico sobremanera, es tambien insuficiente y ocasionado á graves peligros. Describiendo los síntomas aquellas historias sin referirlos á sitio determinado, falta el punto de partida á nuestras indagaciones, y dudosa la naturaleza de los males de que tratan, debe resentirse la terapéutica de la misma vacilacion é incertidumbre. En suma, estos tratados útiles para la historia, admirables por su claridad y conocimientos científicos que encierran, y provechosos por los consejos prácticos de que abundan, ofrecen sin embargo muy poco interés bajo el aspecto que acabo de presentarlos, y las constituciones epidémicas, si bien perfectamente delineadas en ellos, no han logrado las ventajas terapéuticas que sus autores se propusieran, porque no examinaron ante todas cosas las lesiones que sufriera el organismo.

Tales son, juventud estudiosa, las reflexiones, que expuestas con la brevedad posible, por temor de fatigar vuestra atencion, me han parecido mas oportunas para invitaros á que desecheis las teorías infundadas, las explicaciones arbitrarias, y las denominaciones oscuras, que ofuscarian necesariamente vuestra razon, y á que reduciendo á su justo valor las discusiones metafísicas, que se han querido introducir en aquellas ciencias, cuyo objeto es puramente material, aprendais á fijar exclusivamente vuestras miradas en la sábia naturaleza. ¿Y qué otro asunto mas útil hubiera podido escojer para este dia, en que encontrais nuevamente expedito el camino que os conduce al templo de Minerva, en cuyos sagrados vasos podeis beber hasta la saciedad el néctar delicioso del saber? ¿Qué cosa hay,

qué necesidad preferente á la de dar á vuestros estudios una direccion ventajosa, hoy que vais á emprender otra vez la carrera de vuestros trabajos literarios? Con seguridad, si aprovechais mis consejos, habreis economizado un tiempo precioso, que ocupareis sin interrupcion, en procuraros conocimientos profundos de la ciencia que deseais alcanzar. Recientes disposiciones os dejan árbitros de concurrir ó no á las áulas, pero yo os ruego por vuestro propio bien, que no desdeñeis las lecciones de maestros acreditados en la enseñanza, porque, excepcion hecha del que os habla en este momento, ellos continuarán como hasta aquí, excediéndose á sí mismos en el cumplimiento de sus deberes. El deseo vehemente de fomentar la ciencia que les anima, y su desinteresado amor hácia los hombres, les darán las fuerzas suficientes para desempeñar dignamente el honroso cargo que les está confiado. Presentarán á sus discípulos la verdad desnuda, y separando la escoria del metal luciente, les enseñarán la sana doctrina depurada de antemano en la copela de su sabiduría; les inspirarán una noble emulacion para que fructifiquen un dia las semillas de instruccion, que profusamente derraman sobre ellos; y por último, se esmerarán á porfía en conducirlos por la senda que guiara sus pasos á el alcázar de la gloria.

No lo dudeis, mis amados jóvenes, un porvenir venturoso os aguarda, si no retrocediendo ante el aspecto imponente de los trabajos, que debeis arrostrar, os entregais á ellos con una aplicacion constante y una voluntad decidida, pero acordaos sin cesar de que mas allá de la indolencia y la pereza, se encuentran por lo comun la vergüenza, la degradacion y la infamia.

HE DICHO.





